

otra parte, obraba milagros tales, que ni siquiera se lee haberlos obrado el Salvador. Era tan grande la multitud de cojos, ciegos, sordos y enfermos de toda clase que le presentaban, que no era posible acercarse á él. Por esto los llevaban en la cama á las calles ó plazas, por donde tenía que pasar san Pedro, para que al menos los tocara su sombra; bastaba esto para curarlos. Asombroso es, entre otros, el milagro obrado por él en Joppe, resucitando á una mujer, llamada Tabita, comúnmente conocida con el nombre de Madre de los pobres. Habiendo quedado viuda esta mujer cristiana empleaba sus muchos haberes en obras pías en pro de los menesterosos. Inconsolables los pobrecillos por haber perdido á la que les hacía las veces de madre, mandaron llamar á san Pedro para que la viniese á resucitar. Llegado á la casa de la difunta, rodeáronle un gran número de mendigos, que, llenos de dolor, le mostraban los calzados y vestidos con los que los había cubierto la difunta. Pedro lloró con ellos, y puesta su confianza en Dios, acercóse al cadáver y dijole en voz alta: *Levántate, Tabita*. Al instante Tabita abrió los ojos y se sentó. Esparcida la voz de este milagro, casi todos aquellos ciudadanos se convirtieron á la verdadera fe.

**Concilio de Jerusalén.**—Ya desde el tiempo de los Apóstoles, cuando se suscitaba alguna cuestión en materia de Religión, se acudía al Jefe de la Iglesia, que, en los asuntos de mayor importancia, solía congregar á los demás Apóstoles y Obispos, para conocer mejor la voluntad del Señor. Tres

veces se reunieron los Apóstoles en Jerusalén para dilucidar cuestiones concernientes al bien de los fieles. La primera fué para la elección de san Matías, en lugar del traidor Judas; la segunda para escoger y consagrar á siete diáconos, y la tercera ésta, que recibió propiamente el nombre de Concilio, y sirvió de norma á los que se celebraron en tiempos posteriores. Éste se convocó para determinar si se debían continuar observando algunos ritos de la ley mosaica, como la circuncisión y la abstinencia de ciertos manjares. La cuestión se suscitó particularmente en la ciudad de Antioquía, desde donde los Apóstoles san Pablo y san Bernabé fueron enviados en comisión á consultar á san Pedro, que residía entonces en Jerusalén. Para definir la cuestión con más acierto, san Pedro convocó á Concilio á todos los Apóstoles y Pastores que tenían mayor participación en el sagrado ministerio. Pedro, Príncipe de los Apóstoles y Vicario de Jesucristo en la tierra, presidió el Concilio. Propuso la cuestión, razonó sobre lo que había de establecerse, y después de haber oído la opinión de los demás Apóstoles, usando de la suprema autoridad de que estaba investido, pronunció la sentencia. Todos se adhirieron á su dictamen, y, juntos, redactaron el siguiente decreto que enviaron á los fieles: *Agradó al Espíritu Santo y á Nosotros no obligaros á otras observancias que á las que juzgamos necesarias; esto es, que os abstengáis de carnes sacrificadas á los ídolos, de la sangre de animales ahogados, y de la fornicación.*

Bueno es observar que, siendo la fornicación un pecado prohibido por el sexto precepto del Decálogo, no se hacía necesario renovar la prohibición; pero se juzgó conveniente hacerlo, porque los gentiles que entraban á profesar la verdadera fe no la tenían por tal. Después de esta decisión, cesaron la circuncisión y otras muchas observancias de la antigua ley. (Año 50.)

**Persecución de Nerón.**—Es condición de la Religión cristiana ser siempre combatida; pero también lo es el que salga siempre victoriosa de sus combates porque Dios es su autor, y Él mismo la asiste y la protegerá hasta el fin de los siglos. De suerte que en las persecuciones no se ha de temer por la Religión, mas sí por los hombres que están expuestos á grave peligro de prevaricar. La persecución más sangrienta créese que fué la suscitada por el emperador Nerón. Este príncipe, á quien la historia apellida *verdugo del género humano*, había entregado á las llamas la ciudad de Roma, sólo por gozar del placer de verla arder; como este hecho incalificable suscitara contra él la indignación de sus súbditos, acusó como autores á los cristianos. Nerón los odiaba en el alma, porque los Santos Pedro y Pablo habían sido causa, con sus oraciones, de la ruina de Simón Mago; y hasta habían alcanzado conversiones entre las personas del mismo palacio imperial; proponiéndose Nerón hacer prevaricar á los cristianos, puso por obra los suplicios más atroces. Entre los entregados á muerte, algunos eran envueltos en pieles de bestias feroces

y expuestos á perros hambrientos; y á otros, untados con pez y atados á palos, les prendían fuego, para que sirvieran de antorchas en el Circo, durante la noche.

**Martirio de san Pedro y san Pablo.**—En esta persecución coronaron su largo apostolado con la palma del martirio los Apóstoles Pedro y Pablo. Encerraron á ambos en la cárcel Mamertina, que es una lóbrega prisión á los pies del Capitolio. San Pedro fué condenado á ser crucificado, y, por humildad, pidió que le crucificaran cabeza abajo. El mismo día llevaron á san Pablo á un paraje denominado *Aguas Salvas*, á tres millas de Roma y allí lo decapitaron. (Año 67).

La ira de Dios, sin embargo, no tardó mucho en herir al que había sido causa de tantos males. Despertóse una indignación general contra Nerón, que para no caer en manos de sus enemigos, huyó de Roma y dióse á sí mismo la muerte. (Año 68).

## CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

**Profecías sobre Jerusalén. — Señales que precedieron á la ruina de Jerusalén. — Destrucción de la ciudad y dispersión de los Judíos.**

**Profecías sobre Jerusalén.** — Habiendo sido el Deicidio el delito más enorme que jamás se haya cometido, fué castigado por Dios con un tremendo castigo. El Salvador mismo había anunciado en el Evangelio que los Judíos, en castigo de su obstinación, serían sitiados en su propia ciudad, y reducidos á tal estado que se considerarían dichosas las madres que no tuviesen hijos; que aquel pueblo deicida andaría disperso por todo el mundo, sin príncipes, sin sacerdotes y sin templo; que aquel mismo templo, con el que tanto se envanecía, sería completamente destruído y no quedaría de él piedra sobre piedra y que todos estos males acaecerían antes que pasase aquella generación.

**Señales que precedieron á la ruina de Jerusalén.** — Espantosas eran estas predicaciones, y espantoso también fué su cumplimiento. Pero Dios, que es bondad infinita, quiso amonestar á los Hebreos con algunas señales horribles y extrañas que día y noche se manifestaban. El día de Pentecostés oyóse

en el templo una voz, que sin saberse de dónde salía hacia resonar estas palabras: *Salgamos de aquí, salgamos de aquí*. Un hombre, llamado Anán, que volvía del campo, no bien entró en la ciudad comenzó á gritar: *Ay del templo, ay de Jerusalén; voz de Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos; ay del templo, ay de Jerusalén*. Fué preso, encarcelado y azotado, pero no cesaba de repetir las mismas palabras ya en las murallas, ya en la ciudad. Así continuó por espacio de tres años, hasta que una vez exclamando: *¡Ay de mí mismo!* fué herido por una piedra en la cabeza y murió. Una noche apareció alrededor del templo y del altar una luz tan viva, que durante media hora brilló como si fuese mediodía. Una de las puertas del templo, de bronce, y tan pesada que se necesitaban veinte hombres para cerrarla, se abrió de por sí. Algunos días después en todos los pueblos cercanos á Jerusalén viéronse en el aire ejércitos en orden de batalla, que rodeaban la ciudad. Apareció un cometa que arrojaba llamas, como rayos; y una estrella, en forma de espada, permaneció un año suspendida en el aire con la punta vuelta hacia Jerusalén. Éstas fueron las señales prodigiosas que día y noche anunciaron á esta ciudad su inminente ruina, llamándola á penitencia.

**Destrucción de la ciudad y dispersión de los Judíos.** — En vista de estas señales espantosas, los Judíos estaban aterrorizados; pero nadie pensaba en invocar las misericordias de Dios. Entre tanto vieron que rodeaba á la ciudad un ejército romano,

guiado al principio por un célebre guerrero, llamado Vespasiano, y más tarde por su hijo Tito. Éstos fueron, sin saberlo, instrumentos de la ira de Dios, para realizar cuanto estaba escrito en el Evangelio respecto al exterminio de los Judíos. Sitiaron la ciudad á dos millas de distancia, y cerraron todas las salidas. Esto tuvo lugar hacia las solemnidades pascuales; de suerte que muchos Judíos quedaron encerrados en la ciudad, y la escasez de víveres hizose muy pronto sentir terriblemente. Los habitantes se vieron reducidos á comer cualquier clase de alimentos; y hasta se arrancaban de las manos unos á otros las cosas más asquerosas para saciar su hambre rabiosa. Para tener una idea de los excesos á que la miseria condujo á los Hebreos, basta saber lo que aconteció á una madre. Estrechada por el hambre rompió los vínculos de la sangre, holló los derechos de la naturaleza, y fijando sus ojos á su inocente hijo: *¡Desgraciado!* exclamó, *¿para que te conservo la vida? ¿Para sufrir mil tormentos antes que mueras, ó por colmo de desdicha, para que padezcas una espantosa esclavitud?* Y diciendo esto lo mata, lo descuartiza, lo cuece, come la mitad y esconde el resto. ¡Horror es este que los mismos que lo presenciaron á duras penas pudieron creerlo!

Tito, que ya se había apoderado de una parte de la ciudad, dió el asalto al Templo y prendió fuego á las puertas, dando orden de que se conservara intacto el cuerpo del edificio. Pero un soldado romano tomó un tizón ardiendo y lo arrojó á lo interior del Templo, de donde el fuego se propagó y fueron

vanos los esfuerzos de Tito para detenerlo; de suerte que el Templo quedó reducido á cenizas.

Los romanos dieron muerte á cuantos cayeron en sus manos, y lo pusieron todo á sangre y fuego.

Así se cumplieron las desgracias que Jesús había anunciado que caerían sobre Jerusalén. El mismo Tito confesó que el buen éxito de la empresa no era debido á él, que no había sido más que un instrumento de la ira de Dios. En la destrucción de Jerusalén murieron un millón y cien mil habitantes. Los demás Judíos se dispersaron por todo el mundo y fueron condenados á andar errando sin príncipe, sin altar y sin sacrificio, entre naciones extranjeras hasta el fin del mundo, en cuya época abrirán los ojos y reconocerán por su Dios á Aquel á quien crucificaron.

## CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

### Conclusión

La Historia Sagrada nos enseña las siguientes verdades que se relacionan una con otra:

1.º El hombre fué creado por Dios en estado de justicia original, y para gozar de la felicidad eterna.

2.º De este estado cayó por la culpa original,